

EL VIAJE DE "MUNDIAL"

por Tierras de España, Portugal y América

I

Como anunciábamos en nuestro último número, el día 27 de Abril salieron nuestro director Rubén Darío, el Señor Alfredo Guido, el redactor de Mundial y Elegancias Javier Bueno, y nuestro reporter fotógrafo Señor Boyé para las tierras de lengua española, en visita de agradecimiento á los públicos, personalidades políticas, artísticas y literarias que acordaron á nuestras revistas entusiasta acogida.

Nuestro redactor Javier Bueno nos enviará sucesivamente crónicas del viaje organizado por Mundial, que serán ilustradas con numerosas fotografías de cuantos lugares visiten. Publicamos á continuación el primer trabajo recibido.



las ocho y media de la noche nos habíamos dado cita en la estación de Lyon. Todos fuimos puntuales. Darío se paseaba á lo largo del andén con el gran poeta Leopoldo Lugones. Alfredo Guido, con su actividad peculiar, daba las últimas órdenes para que nada fuese olvidado y dirigía el embarque de nuestra impedimenta.

El tren resoplaba como si estuviese impaciente por emprender su loca carrera á través de los campos.

Los numerosos amigos que habían venido á despedirnos, formaban corros charlando de España y América. En todos los rostros se veía un desecho de acompañarnos. Aquellos que conocían las tierras que íbamos á recorrer añoraban los tiempos pasados en ellos, y los otros se sentían atraídos por estos países tan fuertes, de vida plétórica, que son los de América. Zárraga, el pintor mejicano que tantos triunfos conquistó en París, me encargaba saludos y abrazos para los jóvenes pintores de España, para Ricardo Baroja, Romero de Torres, Anselmo Miguel Nieto, los hermanos Solana y tantos otros; Carrasquilla Mallarino tenía los ojos fijos y soñadores en el horizonte donde, más allá de las últimas luces de París, parecía ver la patria y los lugares de lucha; el joven poeta Alfons Maseras me daba un saludo entusiasmado para Cataluña; Lugones, Rodríguez Larreta el admirable escritor y ministro de la Argentina, Alcides Arguedas y Garzón, hablaban con Rubén Darío de este movimiento tan potente, tan grandioso y tan fuerte que

se inicia en las rosas de la América latina, y al que ellos han prestado todo su entusiasmo, toda su alma y todo su talento, y al que *Mundial* cooperará sin desmayo.

Sería imposible que yo recordase á cuantos amigos vinieron á decirnos adiós. Los demás viajeros no sabían á qué atribuir aquella invasión del andén, y un francés que quiso pasar por bien informado, decía:

— Es un ministro que se marcha.

En efecto, no se equivocaba, pues Rubén Darío es ministro de Nicaragua en Madrid.

Minutos antes de salir el tren, un empleado venía invitando á ocupar los puestos respectivos. Subimos al vagón. Se oían sin interrumpirse los golpes de las portezuelas al cerrarse. Alfredo Guido abrazó á su hermano Armando y á su padre. Desde las ventanillas estrechábamos las manos que nos tendían cordiales, mientras la locomotora, resoplando, comenzó á arrastrar lentamente el rosario de coches...

Pronto perdimos de vista los pañuelos que, agitándose bajo la bóveda de cristales, nos enviaban las últimas despedidas. Atravesamos rápidamente primero París, luego la alrededores de la *banlieue*, poblada por millares de obreros y trabajadores que á diario acuden á los talleres, oficinas y fábricas de París... Luego desaparecieron las luces de la gran ciudad, y sólo se veía un gran resplandor rojizo en el cielo. Caminábamos velozmente, en pleno campo...

En el tren.

Rubén Darío se había instalado en un departamento con Alfredo Guido. En el de al lado me encontré con mi compañero Boyé.

á quien aún no conocía. Pronto hicimos amistad, disponiéndonos á ser buenos camaradas durante el tiempo que hemos de convivir juntos.

Guardamos unos minutos de silencio. Los palos telegráficos y de tiempo en tiempo las casitas blancas, pasan como fantasmas que huyen asustados por el fragor del tren.

Rubén me llama á su lado; comienza á hablarme de América, de España y después,

reinado de José Bonaparte. Más tarde lo olvidó un poco, pero no toleraba que nadie dijese que no dominaba el castellano como un hijo de la planicie de Burgos. En cierta ocasión, un señor español que traducía *Los miserables* para una casa editorial de París, fué á verle á propósito de estrofas que Hugo había escrito en castellano en su novela. «Señor, le dijo el traductor, vengo á visitarle porque esos versos no son castellanos.» Y el



La llegada á Barcelona. En la estación.

amablemente, ejerce sus funciones de director, me instruye y me guía sobre lo que han de ser estas crónicas de viaje. Yo le escucho deseoso de cumplir mi misión, como se merecen los lectores de *Mundial*, y con el noble anhelo de que estos trabajos sean amenos, informativos y sinceros. Me hace entrega de un cuaderno de notas, en el que día por día hemos de anotar nuestras impresiones de viaje. Hacemos planes, proyectos... y luego me cuenta anécdotas de su vida literaria en París. Yo no quiero ser egoísta y transcribo algunas.

— Victor Hugo, — me dice — tenía la vanidad de saber hablar español. En efecto, siendo niño, lo habló muy bien, pues durante algunos años residió en España, donde su padre ejercía un cargo público cuando el

gran poeta francés contestó rojo de indignación: «¿Dónde y con quién aprendió usted el español? — En la Universidad de Salamanca, respondió humildemente el visitante. — ¡Pues yo, repuso Hugo, tuve por maestro á Don Miguel de Cervantes y Saavedra!» Y le volvió la espalda...

Hugo, añade Rubén Darío, era muy soberbio. Un día recibió una carta cuyo sobre decía: *Al mas grande poeta de Francia*. Esta carta se la habían llevado antes á Lamartine, y Lamartine la devolvió escribiendo: *Yo no soy*. Victor Hugo la abrió.

Charlando así Darío, y siendo yo todo oídos, dieron las dos de la madrugada. Nos acostamos.

A las siete el tren se detuvo en Avignon. Llovía y los campos estaban tristes. Desayu-

namos en el *buffet*, y algunos minutos más tarde continuamos nuestra marcha hacia España.

Atravesamos la bella campiña francesa, y ante aquellos campos ricos en agricultura, en donde ni un solo palmo de tierra está baldío, recordamos con tristeza las áridas y secas llanuras de Castilla. A lo lejos se destacan en el escenario con todas las tonalidades del verde, castillos históricos que un día tuvieron fama por sus armas y hechos de guerra, y hoy, en épocas de lucha industrial, dan nombres á los vinos de sangre y de oro de sus viñedos.

El tren que nos lleva no tiene vagón *restaurant*, y en Narbona nos procuramos sendos *paniers* surtidos con fiambres, vinos y frutas. Cada cual, con su caja sobre las rodillas, brinda por *Mundial*, por *Elegancias* y por el feliz éxito del viaje.

Por la tarde atravesamos campos inundados. Los ríos y los arroyos que vemos desde el tren están desbordados, y sus aguas cenagosas arrastran árboles y ramas secas. Las viñas y los plantíos quedaron convertidos en lagunas, y á veces, la vía de hierro desaparece bajo las aguas. Sin embargo, la inundación no tiene el aspecto trágico de una catástrofe. Los pueblos que se divisan, apenas si sufrieron daños por la crecida de los ríos. Y pensamos que acaso esa borrachera de la tierra le sea beneficiosa, y se traduzca más tarde en copiosos frutos. Amen.

La frontera de España.

Para el tren. Ya estamos en España. Los mozos piden los equipajes en un jerga extraña mezcla de francés, italiano, catalán y provenzal. Los viajeros invaden el depósito de la aduana, siguiendo los carritos de mano en los que se amontonan baules, maletas, sombrereras y cuantos chismes ha inventado el hombre para transportar su indumentaria. Todo el mundo corre atropellándose, y cada cual se dispone á mostrar á los ojos de la Hacienda españo-

la, de que es incapaz de incurrir en el delito del contrabando. Al lado de las ricas valijas de cuero con estuches de plata y llenas de prendas lujosas, se ven baulitos humildes que enseñan las vergüenzas de sus miserias. Los carabineros hunden sus manos entre la ropa; todo lo revuelven, todo lo escudriñan, y tras un examen minucioso hacen un signo cabalístico con tiza blanca. Nosotros nos libramos de las miradas fiscalizadoras del aduanero, gracias á la calidad de diplomático de Rubén Darío. Apenas entregamos al jefe de aduanas la tarjeta de nuestro director, se acerca muy respetuoso: — A sus órdenes señor Darío, — dice — su equipaje puede pasar sin estas formalidades.

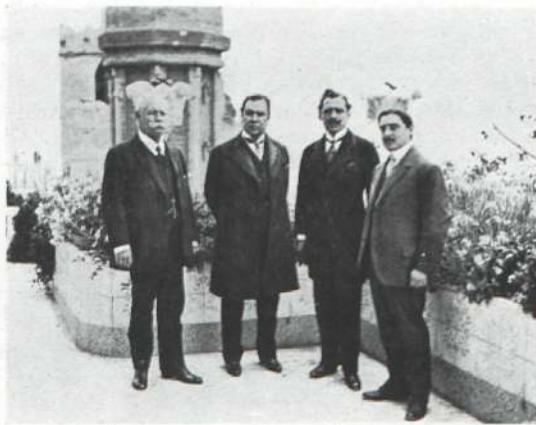
Y mientras que los demás viajeros aguardan su turno para ofrecer sus maletas y baules á la inspección, los nuestros son trasladados al tren que ha de conducirnos á Barcelona.

La tarde va cayendo, y en el crepúsculo se destacan majestuosos los Pirineos. Las cumbres más altas y lejanas tienen un tono azulado que se pierde en el gris del cielo. A cada instante el tren, como una enorme serpiente, se interna en el corazón de las montañas por las bocas negras de los túneles.

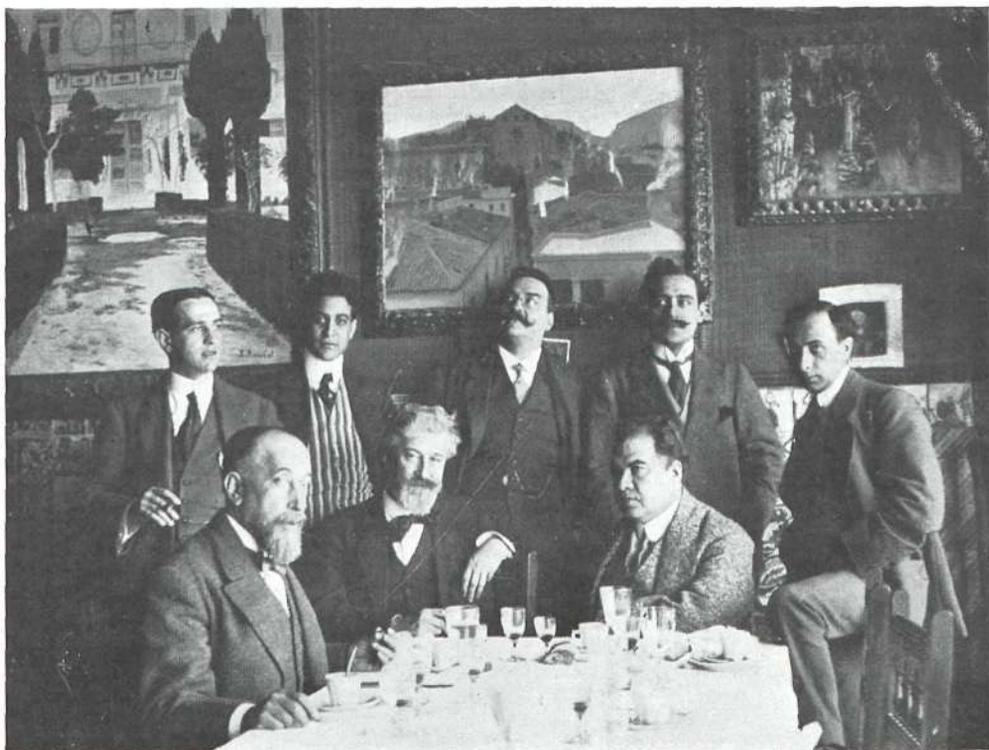
Atravesamos los hermosos campos del alto Ampurdán. A un lado de la vía queda Figueras, y allá en el fondo, sobre una montaña, se ve el castillo convertido en presidio, poniendo una nota trágica y sombría en aquel paisaje de verdor.

Después, como si quisieran borrar de nuestro cerebro la impresión triste de la maldad de los hombres, y de los castigos que sufren, aparecen alamedas de un verde muy tierno, de troncos altos, lisos y muy

blancos, casitas apacibles escondidas bajo la protección de un nogal ó de un roble. Los olivos bíblicos, con hojas de plata y troncos que tienen formas de monstruos forestales, escalan las colinas de tierra rosada. Luego el mar, el Mediterráneo azul que nos envía el ruido de sus olas como un saludo de gigante.



En casa del general Zelaya. El general, el primero en el grupo.



El almuerzo en Lo Cau Ferrat. Sres. Rahola, Rustiñol, Darío, Carvajal, Bazil, Beata, Guido y Bueno.

Anochece cuando comienzan á aparecer en el fondo del horizonte chimeneas, chimeneas, chimeneas, hasta formar un bosque de columnas con penachos de humo. Se ve el resplandor de las primeras luces de Barcelona. Poco á poco se van acercando. El tren pita sin cesar, y velozmente cruza los barrios obreros de la gran urbe.

Barcelona.

Apenas se detiene el tren, oímos muchas voces que dicen :

— ¡ Aquí está ! ¡ aquí viene !

~ Bajamos y nos rodean muchos amigos. Darío se pierde en un grupo, y sus brazos parecen agitarse como aspas de molino estrechando á cuantos se acercan á él. Otro grupo rodea á Guido. Boyé prepara su máquina y nos sorprende con el fognazo del magnesio. ¡ La primera placa ! Los periodistas barceloneses me acosan pidiéndome *interviús* con Rubén Darío. Todos quieren ser los primeros cumpliendo celosamente con el deber profesional. Para un periodista, la pri-

micia y la rapidez son acaso los dos puntos más esenciales. Ser el primero es un triunfo. Yo prometo, aunque en el fondo temo no poder cumplir mis promesas.

Los amigos de Darío vienen acompañados de otros muchos suyos, que desean ser presentados al Director de *Mundial* y de *Elegancias* y á Alfredo Guido. Carmen Karr, la ilustre escritora sobrina del gran Alfonso Karr, se acerca acompañada de su hijo. Yo no podría nombrar á cuantos esperaban en la estación, primero porque no los recuerdo, y segundo porque muchos de los nombres no los sé. Allí estaban nuestro amigo el fuerte pensador Pompeyo Gener, el senador Rahola, todos los cónsules sud-americanos residentes en Barcelona, literatos, artistas y periodistas, y el ex presidente de Nicaragua general Zelaya.

Los saludos y presentaciones duran cerca de una hora, y por fin podemos marchar al hotel en donde nos aguardaban otras tantas personas. Barcelona ha hecho á Rubén Darío y á *Mundial* un recibimiento cariñoso, que nos dejará para siempre un recuerdo inolvidable.

La ciudad.

La hermosa capital de Cataluña se asienta en la llanura que, desde las faldas del monte Tibidabo y de la montaña de Cole, se extiende hasta el mar. Barcelona puede dividirse, en lo que se refiere á sus construcciones, en dos partes, la antigua y la moderna. A esta última, que comprende los paseos y avenidas del ensanche, si hemos de ser sinceros, habremos de poner algunos reparos. Sus edificios son de una arquitectura exageradamente moderna, que á veces entra dentro de la extravagancia. Claro es que esta misma exageración denota un noble deseo de transformar, y tras de ella pudiéramos ver las luchas de los arquitectos catalanes por llegar á una arquitectura original, propia, valiente y casi pudiéramos decir representativa. Esta parte de la ciudad, con sus avenidas amplias y rectas que forman ángulos y rectángulos perfectos, están aún en período de construcción, pues en la mayoría falta el pavimento de piedra ó asfalto. El Paseo de Gracia, que comienza en la Plaza de Cataluña y que da frente al Tibidabo, tiene una

admirable perspectiva que se asemeja á la de los Campos Elíseos de París.

Las Ramblas son las vías más características de Barcelona. Los mercados de flores y de pájaros, las tiendas, cafés, teatros, bars, le prestan una animación y una vida extraordinarias. En estos momentos, los industriales tratan de conseguir del municipio la transformación de las Ramblas en algo semejante á los grandes bulevares de París, es decir, trasladar el paso de los peatones á ambos lados, en lugar del centro que tienen ahora, con lo cual el comercio saldría ganancioso. Defensores y detractores tiene el proyecto, porque frente á esa ventaja está el inconveniente de que esas vías perderían ese algo característico que en la actualidad tienen.

La parte antigua, ó sea las calles de los alrededores de la catedral, son estrechas, oscuras, y aunque no observan las leyes de higiene necesarias á las viviendas, para el viajero tienen el encanto de lo pintoresco. ¿Hasta qué punto se deben sacrificar los recuerdos y las tradiciones que evocan estas callejuelas y encrucijadas, á la salubridad? Yo no lo sé definir, pero, indudablemente, un



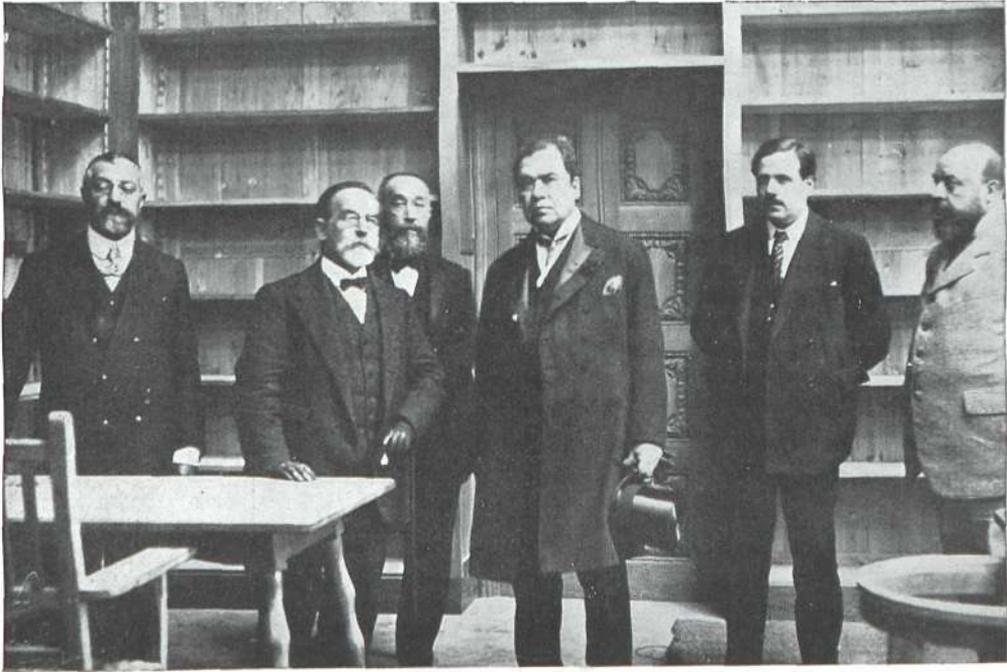
El Museo de Lo Cau Ferrat. Estudio de Rusiñol

deseo de mejorar condiciones de vida se opone á un sentimiento artístico.

El puerto, un poco complicado, es grande, seguro, bien acondicionado para un gran tráfico marítimo, y dominándolo está la gigantesca estatua de Colón, con el brazo extendido como señalando allende los mares.

Barcelona es la primera ciudad industrial de España; su mercado con las demás provincias es superior al que sostiene con el ex-

gran cariño hacia su tierra, hacia sus costumbres y sus hombres, y á ello ha contribuido en gran parte la literatura, que tuvo grandes talentos como Mosen Jacinto Verdaguer, Maragall, Guimerá, Rusiñol, Iglesias y Rubió. Este cariño, acaso exaltado por unos cuantos, ha dado lugar á esa creencia de un partido separatista en Cataluña. En realidad, los catalanistas afirman que sólo aspiran á una autonomía municipal, es decir,



Darío en el Instituto de Estudios Catalanes, con los Sres. Puig y Cadañach.

tranjero, y aunque compra acaso más que expende la ganancia es enorme, porque su exportación consiste en mercancía manufacturada. A esto se debe la gran actividad fabril, cuyos obreros pueblan los barrios extremos de la ciudad, como Sans, Hostafranchs Gracia, San Gervasio, etc. Es ésta una ciudad plétórica de vida, la hermana mayor de las otras provincias de Cataluña, por las que vela y por las que lucha en la política económica del país.

Las luchas políticas son enconadas, pero todos los partidos están bien organizados, y sus afiliados ejercen sus derechos de ciudadanía con un entusiasmo que se echa de menos en las demás regiones de España.

Los catalanes tienen un espíritu de colectividad, que contrasta con el individualismo de un andaluz ó de un castellano, sienten un

á descentralizar la Hacienda, á fin de desenvolverse más fácilmente en mancomunidad de provincias.

Artísticamente, Barcelona tiene verdaderos tesoros de arquitectura gótica y romana. El claustro de la catedral es hermoso, y su estilo difiere del de los demás góticos de Alemania ó de Castilla, presentando un carácter propio.

Se conservan varios patios romanos y unas hermosas y gigantescas columnas, en el lugar donde estuvo el templo de Hércules.

Dos visitas.

Por la Plaza de Cataluña poblada de palmeras circula mucha gente. Es domingo y se ven muchas señoras y señoritas acompañadas por caballeros que dan un paseo

matinal, después de haber oído su misa de precepto. Se observa que entre las transeuntes, un veinte por ciento son militares. El sol fuerte pone gran luz en los edificios decorados con colores claros, hasta un punto que es necesario entornar mucho los ojos para mirar á la calle.

Rubén Darío y yo leemos los periódicos en un saloncito, cuando nos anuncian la visita del señor general Zelaya.

El general Zelaya es un caballero con bigotes y cabellos blancos, erguido, con gesto enérgico, muy militar y un mucho dictador. Su mirada serena y fuerte denota al gobernante que no titubea, cuando cree cumplir un deber con sus actos.

Este hombre, que durante diecisiete años fué presidente de la República de Nicaragua, es una víctima del odio norteamericano, porque defendió los sagrados derechos de la raza latina, viéndolos amenazados por la avaricia de los hombres del Norte.

Retirado vive aquí en Barcelona, satisfecho del deber cumplido, en una hermosa finca de los alrededores, rodeado de su esposa y de sus hijos.

El general Zelaya, si bien sus aficiones son las armas y la política, rinde pleitesía al Arte, y galantemente invitó á comer á Darío y á Guido en su villa llena de flores y soleada.

*
* * *

¿Quién no conoce á Vargas Vila? Yo que le había leído, sentía una gran curiosidad por ver á este hombre humorista como Heine y burlón como un buen discípulo de Quevedo.

Vino á ver á Darío.

Vargas Vila es un hombre bajito, elegante como el más correcto gentleman de Picadilly, afeitado, con una gran expresión

en el rostro, y al través de sus lentes se ven unos ojos que punzan, que escudriñan y que á veces zahieren. Es un hermano espiritual de Bonaïoux, mordaz y poeta, educador é idealista. Su verbo es un látigo que fustiga y corrige sin piedad, y una frase suya es una condenación sin paliativos.

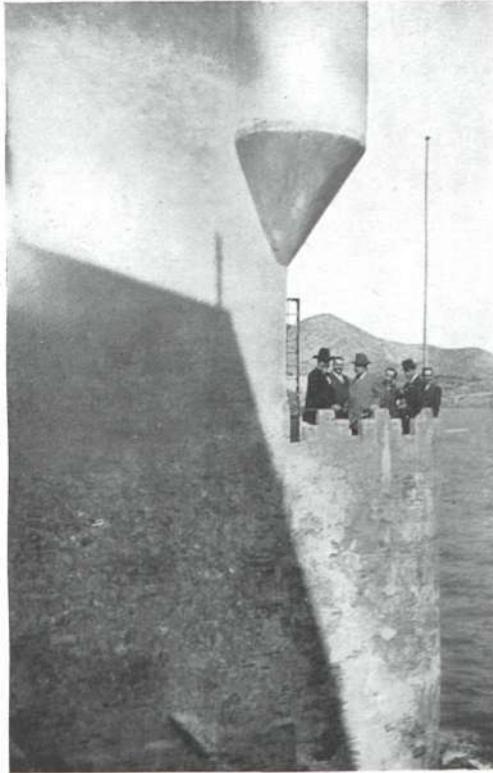
Vive muy retirado en un bello rincón de un barrio lejano á la ciudad, y bajo los árboles de su jardín, bajo este cielo y este sol argelinos, respirando los aromas de las algas marinas que le envía el Mediterráneo, escribe, labora sus libros fuertes erizados de lanzas, entre las cuales crece de cuando en cuando una flor, en la que pone su alma de poeta.

El Instituto de Estudios Catalanes.

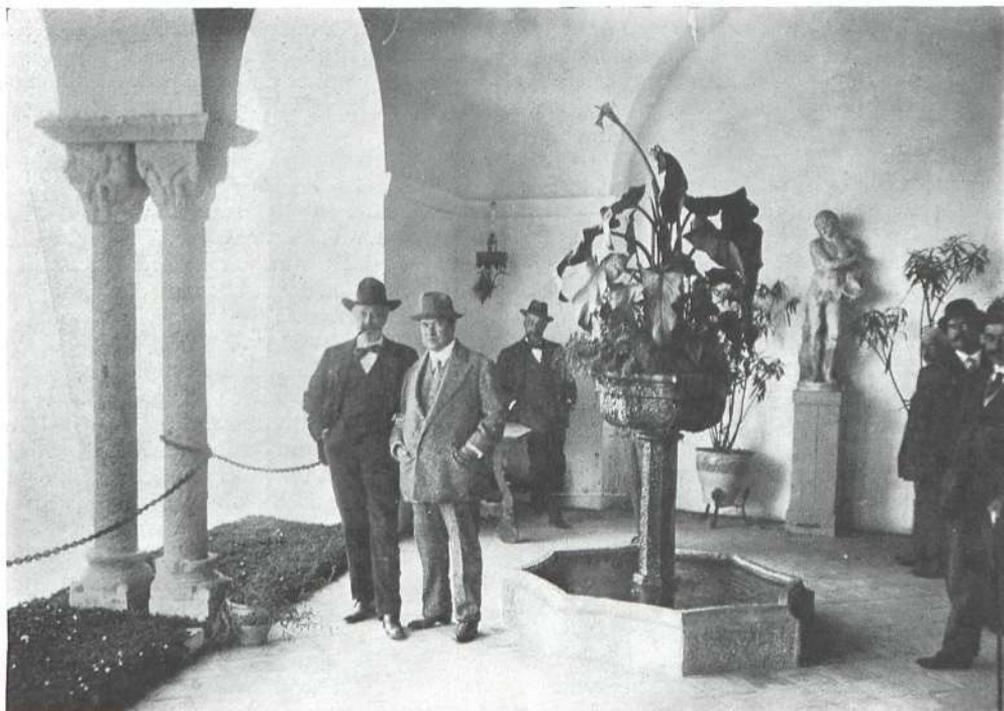
Acompañados por el amable senador Don Federico Rahola visitamos el Instituto de Estudios Catalanes, instalado en el hermoso edificio gótico que hasta hace poco fué Audiencia. Este Instituto comprende tres secciones, la de Historia, la de Filología y la de Ciencias. Las dos últimas son de más reciente fundación, y así, en estos momentos, los señores Puig y Cadafalch, Rubió, Miguel Santos Oliver y Eugenio de

Ors, trabajan infatigablemente en la formación de la Biblioteca, que en la actualidad ya cuenta con 40.000 volúmenes. El Instituto sostiene constante relación con las entidades similares de España y del Extranjero, editando admirables volúmenes con los trabajos é investigaciones sobre las materias á que están dedicados sus profesores.

Recorriendo aquellos amplios salones se siente el alma más serena y el espíritu en reposo. Por las ventanas abiertas en los muros espesos se ve la catedral, el solemne claustro



*Balcón de Lo Cau Ferrat.
Frente al mar.*



Rusiñol y Darío en Sitges.

gótico en cuyas bóvedas resuena místico un surtidor.

Eugenio de Ors, el joven sabio que en estos momentos es la actualidad literaria con su novela *La ben plantada*, á través de las salas tapizadas con libros y por un ventanal, me muestra una casita edificada sobre el tejado de una capilla.

— Ahí viven, — me dice — dos ermitaños, que nadie sabe ni de donde vienen ni quienes son. Había un tercero, pero ha poco ha muerto, y sus compañeros, violando las leyes de la higiene y las ordenanzas municipales, le enterraron al lado de la casucha. Desde que nosotros vinimos, los pobres hombres están un tanto ahuyentados, pues somos unos molestos vecinos que curiosean su vida.

Yo no sé si Ors abusó de mi credulidad. En todo caso yo, como viajero y como turista, estoy en el deber de creerlo, y de otra parte no pongo obstáculos ni fomento la duda. *Si non è vero è ben trovato*.

Mientras tanto, el arquitecto Puig y Cadafalch y Rubió muestran á Darío admirables ejemplares griegos y latinos, y le explican el fin y funcionamiento del Instituto.

Luego recorreremos el edificio que está en obras de reparación, restauración y aun de descubrimiento de muchas bellezas ocultas tras el yeso, la cal y el ladrillo de las últimas

generaciones. El patio de los naranjos, una escalera señorial y grandiosa y otras dependencias de arquitectura muy bella, reciben los cuidados solícitos de los amantes de su arte.

En una sala están expuestos los proyectos de monumentos á Mosen Jacinto Verdguer, y he de declarar sinceramente que la mayoría no me gustan.

Pasamos á la Diputación Provincial, contigua á lo que fué antigua audiencia, y en el salón de actos vemos el cuadro de Fortuny que representa la batalla de Tetuán. También he de declarar con muchísimo respeto que tampoco esto me gusta.

Abandonamos aquellos lugares. Al salir á la calle por donde pululan gentes en constante ajetreo, la vida nos da una fuerte sensación. Y es que la ciencia y la sabiduría y lo arcaico contrastan con este trajín de transacciones comerciales, de compras y ventas, de luchas políticas apasionadas de esta ciudad mediterránea.

La casa de América.

Una velada en el Ateneo.

Mundial hizo una información completa de lo que es y de los fines que persigue la casa de América. No he de repetir, pues, lo ya dicho, y si hablo de ella es, porque, fiel na-

rrador de este viaje, no puedo olvidar la comida que ofrecieron á los representantes de *Mundial*. Desde la casa de América, Darío dió las gracias por las amabilidades que para él y para este *magazine* tuvieron los catalanes.

A los postres, Pompeyo Gener ofreció el banquete con las gentiles frases que copio :

« Señoras y señores : Precisamente á mí, el menos apto de todos, porque no soy orador, me ha cabido la honra de que se me eligiera para ofrecer este Banquete en nombre de *La casa de América*, del *Ateneo Barcelonés* y de los amigos y admiradores que aquí tiene, al ilustre vate Rubén Darío.

He dicho ilustre, y no he sido justo. Hay muchos que son ilustres en el mundo, mientras que Rubén Darío hay uno solo sobre el planeta Tierra.

Como dije muy bien mi amigo el señor Rahola ayer en el Ateneo, Rubén Darío es superior á todos los adjetivos ; y yo digo más, es superior á todas las nacionalidades y á todas las razas, es supernacional, es mundial, es una gloria de la especie humana. Y además es inactual ; algunos lo llamaron modernista ; ¡ raquítica calificación ! El se extiende á todas las edades, es eternista, como todo gran genio. El podría ostentar, con justicia, la altiva divisa latina que legó el gran Carlos V, al fundar su imperio Universal en el que jamás el sol se ponía, *Ego et Tempus* ; Yo y el tiempo !

Y precisamente á él le ha reservado la Suerte el unificar con sus cantos el alma de los pueblos hispanos de ambos continentes. Y para llevarlo á cabo con verdadera eficacia, y consolidar esta gran aspiración de España y de los pueblos á que ella diera origen allende los mares, ayudado por sus amigos los hermanos Guido, ha lanzado dos grandes órganos que han invadido ya todos esas naciones : *Mundial* y *Elegancias*. En *Mundial* se concentra cuanto hay de intelectual y de activo en lo viril de nuestras razas, tendiendo siempre á un ideal superhumano ; y en *Elegancias* cuanto hay de más precioso, en belleza, en afección y en arte, en la otra hermosa mitad de nuestras razas.

Así pues, permitidme que levante la copa para brindar, en nombre de todos, por Rubén Darío, el director de esta colosal empresa, y por Alfredo Guido, su amigo aquí presente, que tanto está haciendo por llevarla á feliz término ».

Darío, tras de breves frases de sentido agradecimiento, leyó « La rosa niña », poesía dedicada á la señorita Guido.

Luego, los cónsules de las Repúblicas americanas brindaron, porque la Casa de América continúa en su noble obra de unir cada día más los jóvenes países de la América latina con su madre, la vieja España.

* * *

La velada en el Ateneo fué una fiesta espiritual. La austera sala estaba llena de un público selecto que escuchó atentamente á la aristocrática dama la condesa del Castellá, que á sus blasones junta su amor á las Letras. La gentil señora leyó el soneto *Margarita y Blasón*, de Rubén Darío, de un modo perfecto ; el diplomático poeta Sr. Bazil leyó con *amore* la introducción á los *Cantos de Vida y Esperanza* ; Darío recitó el *Canto á la Argentina* ; el maestro Miguel Santos Oliver, la admirable poesía del otro maestro, Alcover, *L'hoste* ; y el presidente del Ateneo puso fin á la fiesta con sentidas y bellas palabras. El senador Rahola presentó á Darío en un discurso que tenía los perfumes del laurel y la retama.

Lo Cau Ferrat.

Me despertó la voz de Boyé que me gritó desde el pasillo.

— Bueno, *on part*. *On va á Sitges*.

— ¿ Qué hora es ? — pregunto.

— Las nueve y veinte minutos y el tren sale á las nueve y media. Todo el mundo está ya abajo tomando puesto en los coches que han de llevarnos al apeadero de Gracia.

De un salto me pongo en pie. Medio dormido busco mi ropa, y en la precipitación no acierto á vestirme. Las botas, la camisa, los pantalones, la americana, y por la escalera voy abrochándome. Al llegar á la calle no encuentro á nadie. Salto dentro de un automóvil, y durante los pocos minutos que tarda en recorrer el paseo de Gracia voy atando mis zapatos...

Un coro de risas me recibe en el andén. ¡ Eureka ! ¡ Aún están allí los excursionistas ! Allí está Darío, Guido, Rusñol, Rahola, Boyé y un periodista joven y muy inteligente, Carvajal.

— Ha batido usted el record de la *toilette*, me dice Guido.

A poco llega el tren. Ocupamos un departamento, y la locomotora se pone de nuevo en marcha. Pasando bajo túneles y puentes cruzamos la ciudad, luego atravesamos un barrio obrero, y algunos minutos después quedan tras de nosotros las últimas casas. Sobre una colina que mira al mar se ve el cementerio, un cementerio alegre cuyas tum-



Delante de la estatua del Greco en Sitges.

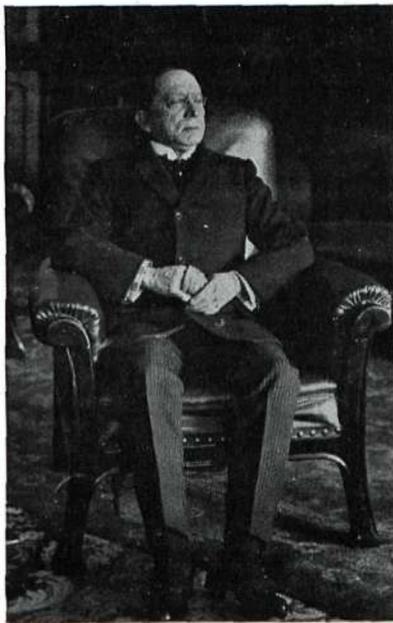
bas parecen de lejos albos corderos, que triscan, caminando hacia la cumbre. Allá, en el fondo, la grandiosa montaña de Montserrat, con sus rocas azuladas que se pierden en un azul más claro del cielo. Corre el tren por una campiña alegre. El sol, que obliga á entornar los párpados, parece polvo de oro que cae sobre la tierra morada y roja y sobre los verdes claros de los manzanos, más callados del durazno y tímidos aún de las vides. Las estaciones van quedando atrás. Cruzamos el Llobregat. En las cimas de las montañas hay torres en ruinas, en las que se refugiaban los payeses catalanes cuando la campana, tocando á rebato, anunciaba el arribo de un pirata genovés.

¡ Sitges! Es un pueblecito muy blanco, muy limpio, con calles desiertas. Las puertas y

las ventanas, pudorosamente, ocultan los interiores.

Rusiñol marcha a la cabeza de la expedición. Envuelta en un enorme pañuelo de hierbas, lleva una virgen de talla que ha de enriquecer el tesoro de *Lo Cau Ferrat*. (La madriguera de hierro).

Si alguna vez he sentido no ser un escritor tan descriptivo como Pierre Loti ó como Flaubert, nunca más que ahora. Sólo un escritor como el autor de *Madame Bobari* podría hacer una justa pintura de *Lo Cau Ferrat*. Figuraos el Museo de Cluny levantado sobre unas rocas que azotan las olas del Mediterráneo. ¡ Cuánto tesoro! ¡ Cuánto Arte! Aquello era una casita de pescadores. Rusiñol la compró y poco á poco, cada día algo, durante muchos años, fué llevando á la madriguera



Vargas Vila.

todos los objetos de arte que lucen en vitrinas y cuelgan de los muros. Hierros forjados cuya colección es acaso la más completa del mundo, porcelanas, cristalería, azulejos, cuadros, dibujos, telas, tapices, esculturas, cuanto de bello produjo el hombre desde las civilizaciones remotas hasta nuestros días, está encerrado en *Lo Cau Ferrat*. Hay dos cuadros del greco hermosos, inestimables, y una bellísima escultura florentina estimada en 80.000 francos... En una estancia con ventanales de colores que dan al mar, un surtidor de agua límpida tiene murmullos de besos. Un balcón como castillete feudal, avanza sobre una roca, contra la que se estrellan las aguas deshaciéndose en espuma. Sobre la planicie verde esmeralda se deslizan unas cuantas barcas desplegando sus velas latinas.

No se oyen más que exclamaciones de entusiasmo. ¡ Qué bello ! dice Darío. ¡ Admirable ! añade Guido, y Boyé prepara sus aparatos para llevarse un recuerdo de estos parajes.

Para el domingo próximo anuncian su visita los esperantistas, y Rusiñol luce un fino humorismo comentando el esperantismo y el vegetarianismo, entre las cuales doctrinas encuentra una gran analogía.

Rusiñol piensa legar á Sitges este Museo, y yo le solicité la plaza de conserje. La tengo concedida, y lo aviso para que desistan cuantos hubieran pensado en ello.

En la salita del surtido hay dispuesta una mesa. A las doce y media sirven la comida. El mar sigue cantando su eterna y honda canción. La señora que nos sirve cuenta su reciente crimen, diciéndonos :

— Esta merluza ha pasado viva á la sartén.

Yo pienso que realmente esto puede ser una crueldad para un vegetariano, pero ¡ está tan buena la merluza cuando es fresca !...

— ¿ Tú no has pescado desde el balcón ? — pregunta Darío á Rusiñol.

— Ca ; una vez que eché el anzuelo, pasó un barbo, me miró despreciativamente y me pareció que me decía : ¡ Estúpido ! ¿ No ves que soy un pez con mucha experiencia ?

No hubo brindis. Boyé impresionó otras placas, y mirándonos los unos á los otros muy tristemente, abandonamos *Lo Cau Ferrat*.

La casa del yankee.

La estatua del Greco.

Contiguo á *Lo Cau Ferrat* existía el hospital de Sitges. Una mañana desembarcó en el lindo pueblecito un yankee rubio, afeitado, atlético, que se llama Mr. Deering. Mr. Deering compró el hospital, hizo construir otro más moderno, transformó la ca-

pilla en comedor, y encargó al gran artista Casas del adorno, diciéndole :

— Disponga de cuanto dinero necesite.

Y Casas alhajó la casa á la antigua catalana, con sillones frailunos de roble, cortinas albas que tamizan la luz, lámparas de hierro forjado, cornucopias, mesas de rectorio conventual. El yankee envió desde Nueva York un barco cargado de bañeras, lavabos y otros muebles de higiene.

En poco tiempo quedaron dispuestas la habitación del yankee, la de su esposa á honesta distancia, otra para Casas, otra para Borrás y otra para Rusiñol. Un gran balcón, con columnas de piedra de capiteles bizantinos, se abre al mar sobre gigantesca roca. El yankee, de tiempo en tiempo, abandona el trust y la bolsa y viene á pasar en su casa de Sitges ¡ ocho días !... Y luego se vuelve á Brooklyn.

Mr. Deering me ha reconciliado un poco con su raza.

Salimos de aquel retiro y bajamos á la playa por una escalera de piedra, que parece internarse en el Mediterráneo. En la plazoleta, que domina la iglesia batida sobre la colina, se yergue una estatua del Greco. Se hizo esta estatua por suscripción popular iniciada por Rusiñol, y llevaron sus cuotas los pobres pescadores y los buenos campesinos...

De la plazoleta parte un paseo bordeado de palmeras y pinos, á la orilla del mar.

Se acerca la hora del regreso y emprendemos el camino de la estación.

En el vagón todos callamos, y quien más, quien menos, todos desean vivir siempre en *Lo Cau Ferrat*, y á falta de éste en la casa del yankee.

Ultimas impresiones.

Antes de poner punto final á estas notas de viaje sobre Barcelona, me place poner un elogio para esa fiesta tradicional de los *Jochs florals*, en la que se rinde homenaje á la mujer, á la poesía y á las flores. Viendo á esos jovencuelos que consiguen laureles traduciendo á Virgilio, nos convencemos de que en Cataluña hay una juventud que trabaja, que estudia, y lucha noblemente, preparando un resurgimiento en las fuertes clásicas.

También quiero enviar un elogio á una actriz, la señora Xirgu, cuyos talentos trágicos le permiten interpretar de un modo asombroso la *Electra* de Sófocles. La señora Xirgu emprenderá en breve una excursión por América, y *Mundial* se complace en proclamar sus méritos entre sus lectores.

JAVIER BUENO.